«Conmovedora y sexi, un golpe directo al corazón.
El romance sobre segundas oportunidades que necesitaba».
·JULIE SOTO

TARAH DeWITT

PARA TODA LA VIDA

CONTRALUZ

PARA TODA LA VIDA

TARAH DEWITT

Traducido del inglés por Elena Macian Masip

CONTRALUZ

Título original: *Left of Forever*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

LEFT OF FOREVER copyright © 2025 by Tarah DeWitt
© de la traducción: Elena Macian Masip, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-92-4
Depósito legal: M. 16088-2026
Printed in Spain

Para quienes se aferran a su esperanza más indómita,
entre los que me incluyo, amigos. Seguro que lo logramos.

Querido lector:

Bienvenido de nuevo a Spunes. Y, si esta es tu primera vez, gracias por decidirte a visitar este pequeño mundo. Te confieso que, en la historia de Wren y Ellis, vamos a pasar la mayor parte del tiempo fuera de Spunes, pero las personas que conforman el corazón de este pueblecito nunca estarán muy lejos.

Para toda la vida es una novela independiente, pero interconectada con otras, en la que aparecen personajes secundarios de *Saboréalo*. Sin embargo, no necesitas leer la historia de Sage y Fisher antes para disfrutar de esta.

En realidad, cuando acababa de empezar a escribir *Saboréalo,* Wren y Ellis exigieron mi atención de un modo tan visceral que me costó horrores no desviarme y ponerme a escribir su historia de inmediato. Nunca había creado personajes que se volvieran tan exigentes conmigo tan rápido. Antes de vivir esta experiencia, estaba muy en contra de escribir una serie, porque no quería sentirme atada. Sin embargo, los Byrd tenían sus propios planes…, y yo estoy encantada de que me hayan permitido acompañarlos.

Para toda la vida es un libro muy especial para mí por muchas razones. Conocí a mi marido cuando tenía diecisiete años. Fuimos juntos a dos bailes de fin de curso y a la universidad, nos casamos demasiado jóvenes y tuvimos hijos antes de acabar de desarrollar nuestro lóbulo frontal. Seguir juntos y seguir siendo felices no ha estado exento de tener que superar una cantidad considerable de dificultades. Y ¿sabes qué? A me-

nudo, el villano es, simplemente, la vida, porque es ella quien se encarga de repartir las circunstancias que complican las relaciones. Comunicarse y resolver los conflictos de una forma sana es mucho más difícil de lo que nos cuentan, y no me cuesta nada imaginarme a dos personas como Wren y Ellis, que, en su entorno, siempre han desempeñado los papeles de líderes y cuidadores, fracasando a la hora de pedir ayuda cuando son ellos quienes tienen un problema.

Pero la vida, por mucho que nos obligue a vivir situaciones difíciles, también reparte oportunidades de vez en cuando. A veces, segundas oportunidades. Y tener un amor que perdure, en última instancia, es una elección.

Espero que disfrutes viendo cómo Wren y Ellis eligen ser vulnerables y aceptar sus propios errores, enfrentarse a las equivocaciones que han cometido y aprovechar la oportunidad que se les presenta.

Espero que disfrutes viendo cómo vuelven a elegirse el uno al otro. Te puedo asegurar que yo lo hice.

Con amor,
Tarah

Advertencia por contenido sensible

—Embarazo ectópico (solo se menciona).
—Conversaciones acerca de la infertilidad en el pasado.
—Lenguaje explícito.
—Contenido sexual explícito.
—Muerte de un personaje desconocido en un incendio (solo se menciona).

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«exile», de Taylor Swift, feat. Bon Iver
«How Did It End?», de Taylor Swift
«Francesca», de Hozier
«King of Wishful Thinking», de COTTA
«Halloween», de Noah Kahan
«Unknown / Nth», de Hozier
«happiness», de Taylor Swift
«Supercut», de Lorde
«The Night We Met», de Lord Huron
«I Need My Girl», de The National
«Ghost (Acoustic)», de Ben Woodward
«Anti-Hero (Country version)», de Josiah and the Bonnevilles
«loml», de Taylor Swift
«evermore», de Taylor Swift, feat. Bon Iver
«It's All Coming Back to Me Now», de Céline Dion
«Silver Springs», de Fleetwood Mac
«State Lines», de Novo Amor
«Don't Delete the Kisses», de Wolf Alice
«Roadtripsong», de Abby Cates
«Heartbeats», de José González
«Eucalyptus», de The National
«What Part of Forever», de CeeLo Green
«Far Away», de Nickelback
«Take Care», de Beach House
«Everywhere, Everything», de Noah Kahan, with Gracie Abrams
«Birds of a Feather», de Billie Eilish
«This Love», de Taylor Swift
«This Year's Love», de David Gray

«Still into You (First Dance Cover)», de Isabella Kensington
«These Arms of Mine», de Otis Redding
«How to Love You Today», de Son of Cloud

Prólogo

Primavera
Wren

Cuando conocí a Ellis Byrd, a la edad de cinco años, me pareció el niño más serio que había existido nunca sobre la faz de la tierra.

Más adelante, me enteraría de que Ellis sentía que tenía que encararlo todo con seriedad, sobre todo el colegio, porque lo había empezado un año más tarde que todos los demás. Y yo aprendería a hacerle reír y a experimentar la alegría de verlo liberado de sus preocupaciones.

En realidad, serían muchas las cosas que aprendería con Ellis Byrd, y la mayoría de ellas tendrían algo que ver con el amor.

Aprendería que el amor puede cambiar, que puede nacer a partir de una amistad que crece hasta convertirse en otra cosa, en algo que se antoja infinito. Que el amor puede ser ruidoso y ardiente como una supernova, y también reconfortante y sereno.

Aprendería que el amor puede ser milagroso y gratificante. Que puede hacerte creer que las cosas siempre se resolverán del mejor modo posible, porque es cierto que el amor es capaz de conquistarlo todo.

Que el amor puede cobijarse en las partes más solitarias de tu corazón, pero su ausencia deja vacíos inmensos y sin forma que son imposibles de llenar.

Que el amor puede darte cosas con las que jamás te habrías atrevido a soñar, y luego tenderte una trampa y hacerte desear todavía más.

—Mierda. —Miro la hora en el reloj del microondas y tiro el boli con un gruñido.

Voy corriendo a mi habitación para terminar de arreglarme. En fin, supongo que, de momento, hasta ahí voy a llegar.

Probablemente, empezar este pequeño proyecto ahora mismo no haya sido mi mejor idea, teniendo en cuenta que ya llego tarde a una cita… Aunque no es que tenga muchas ganas de ir. Bueno, el caso es que hoy me he despertado en esta bonita mañana de primavera con un día bastante libre por delante y, como es natural, he procedido a empezar («empezar» es la palabra clave) unas veintinueve cosas que no eran ni urgentes ni importantes, para luego quedarme mirando a las musarañas y terminar aquí, corriendo contra el tiempo. He sucumbido a lo que yo llamo síndrome de la espera. Tenía todo el día para holgazanear y se me ha acabado yendo de las manos. O cualquier otra forma coloquial para referirse a una mala gestión del tiempo.

Todo ha empezado con una de mis primeras distracciones del día: visitar la librería de Athena. Al entrar, me han recibido los olores de los libros nuevos mezclados con los de segun-

da mano y la imagen de un enorme ramo de flores que había sobre el mostrador: manzanillas combinadas con tulipanes y fresas diminutas todavía colgando de sus ramas. Me ha hecho sonreír, y, al pasar por su lado, he acariciado una de las flores con el dedo. Hace unos meses, mi mejor amiga barra excuñada, Sage, abrió un pequeño negocio de venta de flores que regenta de forma paralela a su trabajo habitual en nuestro pueblecito de Oregón, Spunes (que no se confunda con Forks, Washington), y ese ramo es una de sus creaciones fantasiosas, muchas de las cuales adornan las tiendas locales.

He saludado a Athena y luego me he puesto a deambular por las estanterías, donde enseguida he sucumbido a la terrible culpa por estar perdiendo el tiempo, así que he ido directa a la sección de autoayuda. Me he dado cuenta de que, por irónico que parezca, la mayoría de los libros de esa sección en concreto eran usados, algo de lo que nunca me había percatado antes, a pesar de venir a la librería varias veces por semana y de ser la copropietaria de la panadería que hay tres casas más abajo; lo que supongo que demuestra la frecuencia con la que me acerco yo a los libros de autoayuda.

Y ese detalle, que todos los libros sean usados, se me ha quedado grabado en la cabeza. ¿Significaba eso que la gente que los leyó recibió la ayuda que necesitaba? Por eso los habían vendido, ¿no? Porque ya habían cumplido su cometido. Y, ahora, todos ellos debían ser personas *indomables* y unas *cracks altamente eficientes* que habían dominado el *poder del ahora,* presumiblemente, después de haberse lavado la cara, ¿verdad? ¿Era eso? ¿¡Os habéis lavado la cara, amigas?!

—Pero ¿qué estás buscando, Wren? —me ha preguntado Athena un rato después, cuando me ha encontrado sentada de piernas cruzadas en el suelo, con siete libros abiertos a mi alrededor y un aire de desaliento.

Cuando he levantado la vista para responderle, un póster colgado en la pared de detrás ha llamado mi atención.

> «Puede que si me obligo a escribir sobre ello descubra qué me pasa», Dodie Smith, *Capturo el castillo*.[1]

Ha sido casi como si las palabras empezaran a resplandecer, como una marquesina encendida en una habitación a oscuras. Y la combinación entre los libros de autoayuda, el mensaje del póster y mi vieja experiencia de primera mano ha conjurado una epifanía en mi mente.

—Un cierre —le he contestado a Athena.

Estaba (y estoy) buscando un cierre. Quiero descubrir cómo pasar página tras mi divorcio. De mi exmarido, el padre de mi hijo y el hombre al que amé de un modo u otro desde los cinco años hasta los veintiocho, cuando nos separamos… y puede que durante un tiempo más. Crecimos juntos, y pisamos el acelerador a fondo cuando me quedé embarazada a los diecisiete años.

Sé que nuestra historia no es muy original. Es más bien un cliché, soy consciente de ello. Tuve un hijo demasiado joven, me casé demasiado joven. Dejé que la vida nos devorase hasta que nuestros bordes estaban demasiado carcomidos como para seguir enganchados y aguantar unidos. Y supongo que no es fácil encontrar un cierre para una historia en un pueblo como Spunes, un lugar tan pequeño que apenas puede contener una vida entera de recuerdos acumulados entre los dos. Pero ha pasado un lustro desde que nuestra relación terminó y, no sé por qué, pero parece que sigo sin ser capaz de superarla del todo.

---

[1] Smith, D. (2025). *Capturo el castillo* (N. Jiménez Furquet, Trad.). Editorial Trotalibros.

Al menos, nos tratamos con un apoyo y un respeto mutuo intachables por el bien de Sam. Eso no cuesta mucho, porque nuestro hijo no podría ser más buen niño. Incluso en nuestros peores momentos, Ellis y yo siempre hemos estado de acuerdo en que Sam es la suma de nuestros mejores rasgos. Tiene mis rizos rebeldes y mi risa fácil, y la altura y el carácter protector de Ellis. Lo que ninguno de los dos entendemos es cómo nos ha salido tan listo.

El problema, mejor dicho, mi problema… es que nunca he sido capaz de dejar de comparar cada historia de amor en potencia con la que tuve con Ellis. Eso… y que me preocupa que el verdadero problema sea yo. Que, quizá, si los únicos hombres que tienen algún interés en mí son los que se ponen collares de conchas y los que me llevan adonde trabaja su ex porque soy rubia y «tengo carne donde toca, al contrario que ella, y seguro que se pondrá celosa» es porque son los que se huelen que dentro de mí también hay algo roto.

«No te olvides del que te hizo volver a sentir algo sin haberlo conocido en persona siquiera», pienso. Un punto más para la columna de «Yo soy el problema».

Hago una mueca frente al espejo mientras intento recogerme el pelo. Me rindo con un suspiro y me agarro a la encimera del baño.

Mierda. Si sigo reviviendo el conjunto de tomas falsas al que se ha reducido mi vida amorosa en los últimos años, voy a acabar por convencerme otra vez de no ir a esa cita. Sobre todo, si pienso más de la cuenta en mis esfuerzos desde el pasado otoño, que fue cuando verdaderamente empezó este viaje en busca del famoso cierre.

Mi mirada se detiene sobre el cajón del tocador, donde yace la prueba manuscrita de aquella desventura. Supongo que, ahora, esas cartas deberían ser un motivo de vergüenza, teniendo

en cuenta lo abrupto que fue el final de aquella historia. Como muchas de las sugerencias que he encontrado esta mañana en esos libros de autoayuda, que te aconsejan escribir un diario, redactarlas fue una forma de explorar mis sentimientos. Fue un portal a través del que pude examinarlos y comprenderlos mejor. Vertí en ellas una sinceridad dolorosa y fui mi yo más auténtico y descarado, tal vez porque me sentía segura escribiéndole a un desconocido.

Hoy, mientras estaba en la librería de Athena, se ha prendido en mí una llamita de esperanza: quizá escribir mi historia con Ellis me ayude a desenterrar todo lo que sigue oculto dentro de mí. Quizá también descubra cuándo empezaron a torcerse las cosas. Gran parte del final está borroso, como si mientras lo vivía hubiese hecho todo lo posible por no sentir nada. Ahora, cuando miro atrás, me resulta difícil distinguir los contornos de todo lo ocurrido.

He estado intentando empezar de cero, dejar atrás el pasado y abrirme a algo nuevo, pero es como si tuviera un tope enganchado en la puerta y no pudiera cerrarla del todo.

Aunque, si mis experiencias más recientes sirven de indicador, el patio está fatal.

En realidad, ahora que lo pienso…, a la mierda con esta cita. La última vez que quedé con este tío, tuve que conducir una hora (no se me ocurriría liarme con nadie a menos de cien kilómetros de Spunes) y él se presentó borracho, o quizá con una resaca del quince… y con una *baguette*. La dejó como si nada sobre la mesa antes de proceder a zampársela entera durante la cena. Y el hecho de que eso no parezca gran cosa comparado con algunas de las muestras de conducta desadaptativa masculina a las que me he visto sometida en los últimos tiempos dice mucho sobre la fosa séptica que es tratar de abandonar la soltería cuando has superado la barrera de los treinta.

Cojo el móvil, pero empieza a sonar antes de que me dé tiempo a llamar al bufón «devorapán». Sonrío al ver la foto de contacto de Sam.

—Hola, chiquitín —saludo. Mientras no proteste, pienso seguir saludándolo con un mote cariñoso.

—Hola, mamá, ¿dónde estás?

Está masticando algo, se lo noto. No recuerdo cuándo fue la última vez que le vi sin que se estuviera comiendo algo, y aun así está flaco como un espárrago.

—En casa. ¿Qué pasa?

—Vale, bien —contesta—. Estoy de camino. —Suena el timbre justo antes de que añada—: También le he pedido a papá que venga. —Me da un vuelco el estómago—. Es que os quiero enseñar algo… a los dos. No te preocupes. Es bueno. —Percibo la sonrisa en su voz, así que respiro hondo y hago todo lo posible por sonreír yo también, recorro el estrecho pasillo y le abro la puerta a Ellis.

Evito mirarlo a los ojos al dejarlo pasar, fingiendo que estoy mirando algo en el móvil. Se me antoja demasiado grande para esta casa tan diminuta. Solo con el ancho de sus hombros ya ocupa todo el espacio del recibidor.

—Eh… Perdona, tengo que hacer una llamada —le digo, dedicándole una sonrisa tensa—. Pero Sam llega enseguida.

Se limita a asentir. Yo vuelvo por el pasillo y me encierro en mi cuarto antes de marcar el número para cancelar mi cita.

—¿Ho… la? —dice Lyle, con un tono de voz que da a entender que el hecho de que alguien le llame por teléfono es lo más raro del mundo.

—Hola, Lyle. Lo siento mucho, pero hoy no voy a poder ir. Siento si te he hecho perder el tiempo. —Intento ser lo más concisa posible, porque mi madre siempre me enseñó que ser educada es un gesto amable que cuesta muy poco.

—Estoy en Chili's —contesta Lyle arrastrando las palabras.

—Esto… ¿vale? Y, no sé… ¿lo siento? —Sobre todo, porque se suponía que habíamos quedado en un restaurante de sushi.

—Tengo queso para mojar. —Lo dice a modo de oferta.

Ladeo la cabeza con el ceño fruncido.

—Suena muy tentador, pero me temo que voy a tener que pasar de eso también. —Y entonces se me viene algo a la mente—. Oye, Lyle, ¿estás en la barra?

—Estoy en Chili's.

—Sí, ya me lo has dicho. Pero ¿estás sentado en la barra de Chili's? —insisto con paciencia.

—Ah. —Hace una pausa para soltar un eructo impresionante—. Sí. Me he quedado sin patatas, pero he encontrado una cuchara.

—Ya. Sé lo que se siente, Lyle. Oye, ¿me haces un favor? ¿Puedes pasarle el teléfono al camarero?

Sorbe algo. Tose. Eructa otra vez.

—Mmm, vale.

—Gracias.

Oigo que la puerta de casa se abre y trato de distinguir qué dicen Sam y Ellis, cuyas voces se oyen amortiguadas, mientras el camarero coge el teléfono. Camarera, en este caso. Me aseguro de que se encargue de meter a Lyle en un Uber o en un taxi, cuelgo y bloqueo su número a toda prisa. En fin, uno menos.

Y, sin embargo, me siento más ligera. Aliviada, como siempre que una de estas historias llega a su abrupto final.

Respiro hondo varias veces y salgo al salón.

Cuando doblo la esquina, los ojos de Ellis son los primeros en encontrarme; no podía ser de otro modo. Siempre ha sido así y siempre lo será. Y, aunque él no fuese el primero en mi-

rarme, creo que no tendría más remedio que rendirme a su presencia, como si estuviera condenada a gravitar hacia él, como si toda la historia compartida entre los dos hubiese creado una especie de reflejo fundamental. Mientras me recorre de pies a cabeza con los ojos, su expresión despreocupada se transforma. Frunce el ceño con fuerza, y es entonces cuando recuerdo que voy vestida para una cita. Me arden las mejillas, y me tiro del borde del vestido negro y corto de verano que había elegido, avergonzada de repente, como si fuese muy mayor para ponerme estas cosas. Creo que ser madre demasiado joven te distorsiona un poco la perspectiva en este tipo de cuestiones. Por un lado, me siento viejísima: tengo un hijo casi adulto. Por otro, soy una mujer de treinta y tres años con gran parte de su vida por delante. Sin embargo, perdí todo el sentido de qué ropa es «apropiada» y cuál no cuando tenía diecinueve años y estaba tratando de enseñar a un niño pequeño a usar el orinal. Me quito los tacones a toda prisa.

—¿Tienes planes? —pregunta Ellis como si nada.

—Qué va —contesto, con mi voz educada en plan «no delante del niño», que es la misma que ha usado él: un pelín demasiado aguda para ser del todo natural.

Asiente de forma mecánica, bajando la barbilla, y nos centramos en Sam. Otro más de los pasos de nuestra coreografía.

Sam aparta la silla que está enfrente de Ellis y me hace un gesto para que me siente en la que está libre al lado de su padre. Obedezco, y me retuerzo las manos debajo de la mesita redonda que Ellis construyó por nuestro quinto aniversario, nuestras «bodas de madera», cuando todavía intentábamos que nuestro regalo estuviera inspirado en esa tradición. Ellis aspira con fuerza, lo que llama mi atención, y cuando le miro veo que se está apartando un poco de mí y que sus fosas nasales están dilatadas. Antes le encantaba este perfume, pero su-

pongo que no debería sorprenderme que sus sentimientos al respecto también hayan cambiado. Cuando se mueve, descubro algo que asoma por su cuello. Ahí, en la espalda, hay una puntita dibujada sobre su piel. ¡¿Un tatuaje?! No puede ser. Habrá sido una sombra o un efecto de la luz.

Da igual. Ahora mismo no me puedo poner a desvariar pensando en su posible crisis de la mediana edad. O en la mujer que la haya inspirado, sea quien sea.

Para cuando Sam se ha sentado en su sitio, frente a nosotros, con una sonrisa, ambos hemos recuperado la compostura. Me fijo en el rubor tímido que tiñe las mejillas de mi hijo y el corazón me da un vuelco: mi cerebro ha sumado dos más dos rápidamente.

Saca un sobre enorme que llevaba escondido tras la espalda, le da la vuelta y nos lo tiende.

—Me han aceptado —anuncia—. Me han aceptado en Davis.

Acerco los papeles hacia mí con manos avariciosas; las palabras «nos complace», «felicidades» y «aceptado» enseguida se emborronan bajo mis lágrimas. Y, de repente, Ellis y yo nos estamos levantando a la vez de las sillas y rodeando la mesa entre gritos de celebración para aplastar a nuestro hijo en un abrazo, convertidos en una maraña de brazos y risas.

—¡Lo has conseguido! —le grito a Sam, feliz, sorbiéndome la nariz.

Le han aceptado en la universidad de sus sueños para un programa de Enología y Viticultura. Cuando era pequeño le encantaba trabajar en el jardín con su tía Sage y, desde que descubrió de cuántos modos se podía incluir la ciencia en eso, la decisión estuvo tomada.

—Lo hemos conseguido —me corrige él. Saca los brazos que tiene atrapados entre nosotros para darnos un abrazo a Ellis

y a mí a la vez, uniéndonos para siempre. Cuando se da la vuelta para observar el sobre otra vez, Ellis y yo nos miramos a los ojos.

—Lo hemos conseguido —me dice en voz baja.

Y, de repente, vuelvo a estar en mi decimoctavo cumpleaños, con un bebé dormido en mitad de la cama mientras él y yo contemplamos fascinados cómo su pechito sube y baja cada vez que respira, ambos irradiando terror y adoración a partes iguales.

«Es perfecto —dijo Ellis con unos ojos como platos mientras observaba una de las manitas de Sam—. Tengo que hacerlo bien, Wren. Con un niño no la podemos cagar. Piensa que los padres siempre joden a sus hijos».

«No la vamos a cagar —contesté yo, decidida. Entrelacé mis dedos con los suyos; cada uno sostenía uno de los piececitos regordetes de Sam con un pulgar—. Podemos hacerlo». No nos quedaba otra.

Unas cuantas lágrimas más ruedan por mis mejillas. Me las seco, me vuelvo hacia Sam y le pongo una mano en el hombro. Por el rabillo del ojo, veo que Ellis vacila antes de hacer lo mismo.

Cuando nuestras manos se rozan sin querer en la espalda de Sam, aparto la mía de inmediato.

—Me gustaría mudarme en junio —anuncia Sam.

Frunzo el ceño de golpe.

—¡¿Junio?! Pero el semestre no empieza hasta agosto —protesto.

—Sí, pero tengo que encontrar un trabajo, instalarme y todo eso. Puedo alquilar alguna habitación hasta que me sea posible trasladarme a la residencia. Ya he visto un montón de foros donde ofrecen alojamiento.

Me llevo una mano al pecho, como si así pudiera calmar el ritmo desbocado de mi corazón. Junio es demasiado pronto.

Me arriesgo a mirar a Ellis en busca de ayuda, pero lo descubro con la mirada fija en la mesa, tieso como una estatua.

—Tendremos que seguirte con la camioneta —dice Ellis, que está esquivando mi mirada descaradamente y ha decidido actuar por cuenta propia.

Impactada, me quedo sin aire en los pulmones.

—¿Tendremos? —pregunto incrédula. Veo que Sam se pone tenso y me arrepiento al instante.

Ellis se encoge de hombros con gesto rígido.

—En el Jeep no cabrá todo, y, de todos modos, él lo va a necesitar allí. Y tú también querrás ver dónde va a vivir, ¿no? —pregunta—. Y ayudarlo a instalarse.

Contengo un resoplido. Sabe perfectamente que voy a querer hacer todo eso.

—Por supuesto.

—Podemos hacer un viaje —añade con fingida despreocupación.

Lo miro de reojo. Le enseño los dientes en una sonrisa.

—¿Un viaje con Sam, te refieres? Como uno de fin de curso.

Sam se encoge de hombros.

—Eh… sin ánimo de ofender, pero me gustaría ir hasta allí y nada más. Un viaje de fin de curso con tus padres suena… —Hace una mueca en lugar de acabar la explicación—. Sin ofender.

Esta vez le toca a Ellis encogerse de hombros, pero él lo hace con más brusquedad.

—No pasa nada —contesta, mirándome fijamente—. Podemos celebrarlo nosotros dos a la vuelta. Con un viaje.

Siento que se me van a salir los ojos de las órbitas. Se ha quedado extraordinariamente quieto, con los iris de motas grises y marrones clavados en los míos de un modo tan intenso que se me acelera el corazón.

Delante de Sam, siempre nos aseguramos de que cualquier intercambio sea intachable. Creo que es un motivo de orgullo para los dos. Estoy tratando de encontrar el modo de devolver la conversación a su cauce sutil y amistoso original. Sonrío, aunque me cuesta un mundo.

Al cabo de una pausa tensa, consigo responder:

—Bueno, pero supongo que yo tendré que coger un vuelo de vuelta. No sé si me podré tomar tantos días libres, ya sabes.

—Será después de la boda de Walter y Martha —contraataca Ellis—. Porque cuentan con que Sam vaya. —Señala a nuestro hijo a modo de confirmación—. Y antes de la temporada turística. ¿No es entonces cuando te sueles coger las vacaciones?

Me quedo boquiabierta. Trato de dar con una respuesta. ¡Cómo se atreve a insistirme así delante de Sam! Nuestro hijo, que sigue entre nosotros dos, nos mira con una sonrisa inocente. Y sí, es justo entonces cuando me tomo mis únicas verdaderas vacaciones en todo el año, una semana después de mi cumpleaños, pero ni de coña pienso pasarla torturándome con él. Ya es lo bastante difícil tener que verlo en los días festivos y las celebraciones familiares, a pesar de que no ir a esos eventos significaría renunciar a toda la familia Byrd, y no lo soportaría.

No obstante, no pienso estropearle la noche a Sam discutiendo con Ellis. Hasta ahora hemos conseguido protegerlo de todo este desastre.

—¡Sí! Sí, podría estar muy bien —accedo temporalmente.

Tendré que encontrar una solución alternativa más adelante. De momento, lo que quiero es sacar la tarta de miel que guardo en la nevera y devolver la atención a lo que importa, que es homenajear a nuestro hijo.

Cuando hemos conseguido hacer exactamente eso y los dos se han marchado ya, derramo unas cuantas lágrimas de felicidad más y descorcho una botella de vino.

Pero, al dar el primer trago, lo vuelvo a ver. El papel. Mi papel. Mi proyecto en ciernes de antes, doblado pulcramente en tercios uniformes y exactos, colocado junto a mi calendario de pared blanco.

Por más que lo intento, no recuerdo haberlo doblado.